

DEFINIENDO EL COMIENZO DE LA ÉPOCA MEIJI: EL CONFLICTO DE LA TRADICIÓN

José Constantino de
León Cisneros

*Centro de Investigación y Docencia
Económica, Región Centro
Licenciatura en Políticas Públicas
4º semestre*

El año 1868 marca el fin de una era en la historia de Japón. Es el fin de del periodo Tokugawa y del dominio de los poderosos señores de la guerra, los daimios, señores feudales bajo el absoluto poder de la familia Tokugawa. Es el comienzo de una nueva era caracterizada por el surgimiento de un estado centralizado y absoluto, así como una economía abierta al comercio globalizado basado en la industria y en las ideas occidentales de su época. Es el amanecer de la que se llamaría la época Meiji, debido al nombre del emperador que encabezó el gobierno y la nueva administración del país del Sol Naciente.¹ El proceso de cambio al inicio de la época comprende varios sucesos, y propició el inicio de la construcción del Estado moderno japonés. Es una época importante para entender la evolución del país en el siglo veinte. Sin embargo, este proceso carece de una deno-

¹ Daniel Toledo, Machiko Tanaka, Omar Martínez, Jorge Lozoya & Viktor Kerber. *Japón: Su tierra e historia*. México: Colegio México, 1991, p. 177.

minación concreta. Algunos autores como Murphy, Toledo *et al.* Schirokaver et al, Swale y Beaseley denominan a este proceso de importantes cambios como “Restauración”, mientras que autores como Jansen, Morishima, Keene, Mounsey y Margadant denominan tal proceso como “Revolución”.

Ambos conceptos son distintos, ciertamente, sin embargo, la literatura sobre la Época Meiji los utiliza indistintamente para definir el radical y determinante proceso de cambios que se desarrollaron en una época tan importante para Japón. El problema central, en la definición de este proceso, es que algunos autores le dan prioridad al hecho de la restauración del sistema monárquico con el nombramiento del nuevo emperador Meiji. El resurgimiento de la figura del emperador fue un intento para devolverle a Japón su antigua gloria, principios y tradición. Otros priorizan los importantes cambios del periodo y los conflictos suscitados en defensa y ataque al *status quo* de la nación para definirla como una revolución.

La Revolución Meiji es la forma correcta de llamar a la época, ya que la restauración de un emperador no es tan significativa para definir un proceso de cambios que redefinió la estructura política, social y cultural de Japón de una forma tan radical. En suma, argumentar a favor de devolver la gloria y los antiguos principios no es argumentar a favor de los aspectos más importantes de los cambios suscitados du-

rante los procesos de reforma al principio de la época. Es necesario dar prioridad al proceso de reestructuración que transformó a Japón en una nación moderna, totalmente distinta a la concepción de la nación antigua, ancestral y tradicional de antaño por la que argumentan y argumentaron, los defensores de la restauración.

Para construir un nuevo país hacen falta líderes que tomen las banderas y se pongan al frente del movimiento. En el caso de la Revolución Meiji “los tres líderes más eminentes... fueron Okubo Toshimichi (1830-1878), Kido Koin (1833-1877), y Saigo Takamori (1827-1877). En marzo de 1869 [...] lograron convencer a sus daimios de devolver sus dominios al emperador [...] otros los siguieron”.² Los tres líderes, pertenecientes a los altos estratos sociales de Japón no eran aristócratas comunes, pertenecían a familias samuráis al servicio de altos señores en busca de sacar a los Tokugawa del poder. Las familias principales de señores feudales fueron las de Satsuma y Choshu, y el más famoso y respetado líder revolucionario fue Sigo Takamori, el célebre último samurái, perteneciente a la familia Satsuma.³

2 Conrad Schirokaver, Miranda Brown, David Laurie y Suzanne Gay. *A brief history of Chinese and Japanese civilizations*. Boston, Thomson Wdsworth, 2006, pp. 453-455.

3 Charles Yates. *Saigō Takamori in the Emergence of Meiji Japan*. Cambridge: Cambridge University Press, 1994, p. 449.



El hecho de la restauración es muy importante en términos simbólicos ya que significa restaurar el antiguo cargo del emperador con todo el poder que gozó en la época antigua de Japón. Lo anterior, sucede después de un largo periodo de un poco más de doscientos años de Shogunato, que consistía en el gobierno de un jefe militar supremo sobre los nobles de toda la nación. El título de shogun, fue ostentado por la familia Tokugawa durante más de dos siglos hasta la llegada de la Época Meiji. Analizando esta época como una Restauración, el proceso de cambios y la llegada al poder absoluto de un nuevo emperador “es visto como un amanecer de un estado fundamentalista y teocrático que devolvería Japón a la pureza de la antigüedad”.⁴ Sin embargo, el propósito de la revolución no fue, principalmente, traer de vuelta al país de la viejas tradiciones, fue traer una nueva perspectiva sobre la manera de gobierno de Japón, aunque para ello se usara una figura autoritaria antigua como un emperador. El aspecto más destacable fue que el importante proceso de cambios fue impulsado en primera mano por clanes de jóvenes samurái como los de “Satsuma y Choushu, [además] fueron los grandes comerciantes Osaka y Kioto los que los financiaron. Es decir, que además

de las ambiciones locales y personales había otras razones para el cambio, no tan personales como la lealtad al emperador”.⁵

Las necesidades que enfrentaron los líderes japoneses se alejan bastante de la necesidad de volver a una nación tradicionalista y de recuperar los principios del Japón antes de los Tokugawa. Los retos para la nueva nación japonesa eran de un mundo moderno, “los líderes Meiji enfrentaron tres tareas urgentes. Tenían que construir una fuerza militar lo suficientemente fuerte para encarar un occidente imperialista, [...] conseguir capital y tecnología [...] avanzados para equipar su fuerza militar [...] y construir instituciones que garantizaran las otras tareas”.⁶ Por tanto, la preocupación esencial no era devolverle a Japón su gloria de antaño, sino que, la principal preocupación de las cabezas de la revolución era adaptar el país a las necesidades de un mundo moderno e imperialista, en ese contexto el puesto de emperador o devolver las viejas tradiciones no es la prioridad. La prioridad, para la nueva administración del nuevo imperio, era poner su nación a la par de las grandes naciones en cuestión militar, tecnológica, política y hegemónica.

En el contexto global en el que se desarrolló la Revolución Meiji, el puesto

4 Marius B. Jansen. *The making of Modern Japan*. Massachusetts, Harvard University Press, 2000, p. 333.

5 Toledo et al., *Op.Cit.*, p. 179.

6 Taggart Murphy. *Japan and the shackles of the past*. New York, Oxford University Press, 2014, p. 63.

de emperador no fue más que un puesto meramente simbólico. El propósito de los líderes de la revolución era crear un Japón capaz de transformarse en un imperio (como la Inglaterra Victoriana de esa época) y dichas intenciones de los líderes necesitaban de la presencia de una figura de poder fuerte y autoritario. Un imperio necesita un emperador para gobernarlo. Además, era un símbolo de carácter cultural debido a que el propósito de nombrar al nuevo y joven emperador Meiji “era recibir la unión de los rituales y las leyes que habían existido desde tiempos antiguos”.⁷ Por ende, el nombramiento de la nueva cabeza imperial estaba cargado de sentimientos de lealtad y de fidelidad casi religiosa, un intento para traer de vuelta la identidad y los principios de un país tradicionalista. La razón, ciertamente, carece de un motivo pragmático pero muy relevante para convencer y conmovir los corazones de los ciudadanos de la sociedad japonesa, ansiosos de un cambio en su estilo de vida después de dos siglos de gobierno autoritario y cerrado en la administración de los shogunes Tokugawa.

Sin embargo, la presencia de un emperador sirvió a un propósito muy práctico y útil para la causa que perseguía la revolución, es decir, centralizar el poder. Durante siglos se vivió en un modo de gobierno

feudal que fomentó “egoísmo de clanes, odio, venganza y cínico desprecio por la verdad”.⁸ Dadas las dañinas características del gobierno Tokugawa: Japón desunido, el poder dividido entre los clanes y daimios y la crisis causada por el aislamiento del periodo, era evidente para los líderes de la revolución que, si el poder dividido causaba caos, el poder unificado traería orden al país. La respuesta fue centralizar todo ese poder en la figura del emperador que, entre otras cosas, ayudó a los aristócratas a consolidar su autoridad y crear “un espacio donde las negociaciones inmediatas con el centro de poder se volvieran más inmediatas [...]”.⁹ Aunque el sentido simbólico era una razón poderosa, también es importante considerar las ventajas de un poder centralizado como una medida para contrarrestar el caos del régimen anterior al reinado del joven e inexperto emperador Meiji.

Otro hecho histórico importante para entender la urgencia de la revolución fue la presión del extranjero y la fallida política de aislamiento llevada a cabo por la administración de los shogunes Tokugawa. El panorama era poco agradable para Japón que se encontraba en desventaja frente a las grandes potencias imperiales. La

7 Donald Keene. *Emperor of Japan: Meiji and his world*. New York, Columbia University Press, 2002, p. 13.

8 Guillermo Margadant. *Evolución del derecho japonés*. México D.F., Porrúa, 1984, p. 140.

9 Alistair Swale. *The Meiji Restoration: Monarchism, Mass Communication and Conservative Revolution*. Chipenham, Palgrave Mcmillan, 2009, p. 8.

razón es que “desde el siglo XVII, Japón permaneció aislado de Occidente hasta la llegada del comodoro Perry a la bahía de Edo en 1853”.¹⁰ Perry fue un factor importante en ejercer presiones al gobierno de los Tokugawa para firmar e impulsar tratados comerciales con el país del Sol Naciente, más bien, obligó y presionó al gobierno japonés a buscar un trato comercial con Estados Unidos. La respuesta de los Tokugawa fue convocar a los daimios para tomar decisiones. El Shogun, “después de pedir consejo de los líderes locales de todo el país, tomó la única decisión posible [...] el gobierno japonés saludó a Perry con el tratado de Kanawa”.¹¹ Fue el comienzo de la apertura de Japón al mundo y el principio del fin para los Tokugawa debido a la tendencia posterior de los japoneses por adoptar la forma de vida de Occidente en un intento por forjar su propio imperio, su propio lugar en el mundo como una potencia poderosa y reconocida. El comercio permitió la entrada de nuevas tecnologías, ideas de consumo y capitalismo, iniciando el encuentro entre dos culturas. El resultado a largo plazo fue una asimilación de las ideologías occidentales en el panorama del Japón Meiji.

La nueva administración Meiji no basó el pensamiento de su nuevo gobierno en la

sabiduría y enseñanzas de antaño, sino que buscó inspiración en la forma organizacional-industrial de los países de occidente, especialmente Alemania. Ciertamente, las semejanzas entre ambos países son imaginables en cuanto al proceso de unificación por el que ambos pasaron. Para organizar Japón y reestructurar la producción del país, el “pensamiento alemán en el desarrollo industrial dirigido por el Estado se convirtió en la sabiduría convencional entre los líderes Meiji”.¹² La organización industrial de un estado extranjero fue la base de la reforma industrial de Japón en su intento por “restaurar” la pureza. Por ende, existe un problema en llamar “restauración” a un proceso que fue a buscar respuestas sobre cómo dirigir su sector productivo e industrial en ideologías del Occidente, un lugar con naciones, historia y gobierno muy diferentes a la forma tradicional de la administración japonesa y de Oriente, en general. La asimilación de la forma de producción occidental representó una revolución en la actividad industrial de la nación y lejos de restaurar costumbres antiguas, el país se modernizó para competir a nivel mundial.

Desde el aspecto cultural, existieron cambios importantes en cuestión de religión, cambios que alteraron la forma en la que el estado influía en la fe de sus ciudadanos y también es uno de los po-

10 Alberto Lietteri. *Los tiempos modernos: del capitalismo a la globalización, siglos XVII al XXI*. Buenos Aires, El Signo, 2001, p. 114.

11 Harold Bolitho. *Japón Meiji*. Madrid, Akal, 1991, p. 11.

12 Jansen, *Op.Cit.*, p. 350.



cos aspectos que pueden ser destacados como una auténtica restauración en el proceso de cambios de la etapa temprana de la época Meiji. Durante el reinado de los shogunes Tokugawa, el budismo fue la religión oficial, y casi obligada, a causa de que sus templos y predicadores fueron usados como “un aspecto central [...] para controlar el cristianismo y usarlo para la subversión”.¹³ Pero en el Japón Meiji ya no había lugar para una religión que se había convertido en un arma en beneficio del poderoso estado de los Tokugawa.

El centro religioso del nuevo Japón era el emperador. Es importante reconocer que la restitución del nuevo emperador Meiji “implicaba una más profunda reorganización de la relación entre las instituciones religiosas”.¹⁴ El propósito de los nuevos líderes era poner un pilar fuerte en el cual descansara la legitimidad del poder del nuevo régimen japonés y hacer frente al poder del budismo. Ese propósito descansaba en la figura del emperador que representaba a dios en la tierra, de acuerdo con la antigua religión Shinto (el Shintoísmo es la religión ancestral y vasta, en cuestión de sus prácticas y sus dioses, del Japón antiguo). Esta religión fue traída por los líderes Meiji como “una presentación y elaboración renovada del antiguo principio de la veneración o culto a los antepa-

sados. La doctrina se refería a los orígenes divinos de Japón [...] imponían una lealtad ilimitada al emperador”.¹⁵ El propósito a corto plazo era ganar la legitimidad del nuevo régimen por medio del símbolo imperial, que representaba la voluntad de los dioses en la tierra, es decir, un sustento religioso que conmoviera y sedujera al pueblo del país del Sol Naciente para seguir a su nuevo líder y a sus administradores de una manera incondicional, motivados por la lealtad a un dios viviente.

Sin embargo, el propósito a largo plazo era convertir a Japón en un estado Shinto. “En 1868, la religión Shinto fue proclamada la base del gobierno y un Departamento de Shinto fue establecido, con la procedencia de otros departamentos”.¹⁶ De esta manera, el Shintoísmo se convirtió en un arma poderosa en la legitimización del poder de la nueva administración de los revolucionarios y sus allegados, preocupados por la creación de un nuevo Japón y por crear una base sólida para construir su poder y realizar los cambios con el apoyo y legitimización del pueblo. Por ende, uno de los pocos aspectos en los cuales se puede considerar a la Revolución Meiji como una Restauración, es el hecho de traer de vuelta la religión Shinto. La religión es uno de los rasgos, incluyendo la forma de gobierno imperial, del Japón antiguo que

14 Swale, *Op.Cit.*, p. 7.

13 Jansen, *Op.Cit.*, p. 450.

15 Toledo *et al.*, *Op.Cit.*, p. 190.

16 Schirokaver *et al.*, p. 459.



se recuperaron en la época moderna para influir en la nueva estructura del país.

No obstante, la utilización del nuevo emperador como el símbolo del nuevo poder de la administración Meiji no fue más que una simple herramienta. Es importante reconocer el poder simbólico del emperador (y del Shintoísmo) hacia su pueblo, pero política y administrativamente, realmente carece de la relevancia o del papel central que debió tener en el gobierno del nuevo Japón y en el impacto hacia las otras naciones. Ambas estrategias, en el tipo de régimen y en la religión, no representan más que la “mezcla entre mito e historia, leyenda y realidad, que hicieron los reformadores Meiji para moldear un instrumento extraordinario, para lograr la lealtad de las masas hacia la institución imperial y la persona del emperador”.¹⁷ El hecho de que sea un “instrumento” la figura del emperador, hace referencia a la existencia de un operador que usa dicha, en este caso, los líderes de la revolución. No es que la restauración de la figura imperial no fuese importante, pero no deja de ser un hecho que representa una herramienta más en la maquinaria administrativa empleada por las nuevas elites revolucionarias del Japón Meiji, es decir, un medio para un fin en la nueva nación.

Un aspecto muy importante para definir a los cambios de la época temprana del

Japón Meiji, y que define a las reformas al inicio de la época, fue el fin del reinado y hegemonía de los señores de la guerra, los daimios. Durante las reformas realizadas en el proceso de consolidación del poder de la administración Meiji, el feudalismo, que existió en el país desde la época medieval, llegó a su fin. Es un hecho muy importante debido a que es la principal reforma para cambiar el *statu quo* de la sociedad japonesa, además de que es el fin de la forma de vida prestigiosa de la clase samurái. El reinado de los señores feudales terminó “a las 10:00 A.M., el catorce de julio de 1871..., fueron convocados para ser informados que sus dominios habían sido abolidos”.¹⁸ Sin duda es un hecho importante y destacable, es el fin oficial del feudalismo, el golpe determinante al *statu quo* del régimen de los Tokugawa, cuyo poder se basó en la influencia que mantenían sobre los señores feudales y también representó el paso definitivo en la centralización del poder que pasó de un poder dividido entre regiones y señores, a consolidarse en las manos del emperador. Por tanto, fue un cambio tan importante en la forma de vivir de los pobladores, que es imposible concebir que un proceso de restauración eliminara una forma de gobierno que durante años fue la base de la división

17 *Ibidem*, p. 190.

18 Mark Ravina. *The last samurái: the life and battles of Saigo Takamori*, New Jersey, Jhon Wiley and Sons, 2014, p. 170.

de clases y la organización de la vida cotidiana de los japoneses. Es la destrucción de un sistema establecido y la expresión de una revolución.

Una revolución que desafía la estructura del gobierno y la sociedad en la que se lleva a cabo, viene acompañada, casi como un efecto inevitable, de oposición. La revolución Meiji no es la excepción. Las reformas de los líderes del movimiento enfrentaron la peor y más peligrosa rebelión para el régimen de parte de uno de los personajes más destacados en el triunfo revolucionario: Saigo Takamori, considerado un símbolo reformador, líder militar y el último samurái. El primer paso en la concepción de la rebelión sucedió debido a las decisiones del gobierno. Parte de los cambios que lo propiciaron fue que “el gobierno central era el gobierno del Mikado, cuyo derecho a su absoluta y sumisa obediencia de su gente [...] nunca hubo de ser impugnado”.¹⁹ El Mikado determinó abolir los derechos de los samuráis en su totalidad, ya no eran la élite militar de antaño ya que en “1876, [...] la práctica de usar espadas fue abolida. El ejército y la marina de guerra debían ser reclutados en las filas de los Samurái, y eran también para llenar todos los puestos de la administración civil [...] Saigo, probablemente, prometió la restauración de sus viejos

privilegios como usar espadas y mantener sus pensiones”.²⁰ La clase guerrera más respetada de Japón fue privada de sus katanas, sus armas sagradas, pasó a ser parte del cuerpo del ejército y perdió beneficio económico.

Aunque Takamori era un líder reconocido por apoyar el ideal de la Revolución Meiji, además de un estratega militar muy aclamado, no dejó de ser un samurái, y perteneciendo a una familia de guerreros caracterizada por la defensa de sus costumbres, era un conservador y defensor de sus ideales y las del clan Satsuma, de donde era originario. Fue así que comenzó la Rebelión Satsuma, cuando Saigo Takamori, “en 1877, a la cabeza de 42.000 hombres, se encaminó hacia el norte y atacó. Okubo, a modo de respuesta, desplegó 60.000 hombres sobre el terreno, y le costó siete meses, 15.000 bajas y la enorme cantidad de 45 millones de yenes sofocar la rebelión”.²¹ Saigo y Okubo, otrora compañeros y principales figuras en busca del ideal revolucionario para recuperar la gloria de su país, combatieron por la disparidad entre sus ideales, por defender la tradición en contra del inevitable paso de la modernidad.

El conflicto terminó en la caída del legendario último samurái. Saigo Takamori, gran ejemplo de la tradición, líder revolu-

19 August Mounsey. *The Satsuma Rebellion*. London, John Murray, 187, *Op.Cit.*, p. 106.

20 Mounsey, *Op.Cit.*, p. 113.

21 Bolitho, *Op.Cit.*, pp. 42-43.



cionario, respetado jefe militar y el último samurái auténtico al servicio de la tradición, sufrió la que fue su última derrota en el campo de batalla como guerrero. Posteriormente, “Saigo murió por su propia mano en septiembre 24 de 1877, después de la carga final”.²² La Revolución Meiji fue acompañada de resistencia y conflicto, como cabría esperar de todo proceso que desafía el *statu quo* de una nación. El ejemplo de la Rebelión Satsuma, refleja el espíritu del conflicto inherente al concepto de revolución y también muestra la importancia de los radicales cambios llevados a cabo por la élite durante el proceso que no puede ser denominado de otra manera más que como una Revolución.

La Revolución Meiji marca el fin de la era feudal en Japón y pone el camino hacia una nación moderna, industrializada y el nacimiento de una potencia mundial del siglo veinte. Los importantes cambios en la forma de vida de la sociedad, como la pérdida del prestigio de la clase samurái, la creciente industrialización, los cambios políticos y la asimilación de la cultura de Occidente en Oriente, son tan radicales que denominar al proceso como una res-

tauración, privilegiando el nombramiento de un emperador y el intento por recuperar la pureza del Japón de antaño, no es del todo adecuado. El único aspecto que se puede considerar restauración, en este periodo, es el renacimiento de la religión Shinto. Lo anterior se debe a que, aunque se restauró el imperialismo, el proceso desafió tanto la forma de vivir como de gobernar y debido a esos importantes cambios, no hay otra forma para denominar el inicio de la Época Meiji más que como la Revolución Meiji.

El caso de la revolución refleja un conflicto entre la modernidad y la tradición, el misticismo y la nueva realidad globalizada. Los líderes de la época Meiji tenían dos opciones: aferrarse a su forma de vida tradicional y sucumbir ante el poder de las potencias de su época o adaptarse y hacer lo posible por la supervivencia y la supremacía de su nación. Era evidente la necesidad de un cambio. El cambio ocurrió y colocó a Japón entre los países más influyentes del siglo veinte. De acuerdo con un antiguo proverbio japonés, “La flecha que indica el camino y el sendero que conduce a la cumbre se llama acción”.²³

22 *Ibidem*, p. 370.

23 Proverbio anónimo.

Bibliografía

- Harold Bolitho. *Japón Meiji*. Madrid, Akal, 1991.
- Marius B. Jansen. *The making of Modern Japan*. Massachusetts, Harvard university press, 2000.
- Donald Keene. *Emperor of Japan: Meiji and his world*. New York, Columbia University Press, 2002.
- Alberto Litteri. *Los tiempos modernos: del capitalismo a la globalización, siglos XVII al XXI*. Buenos Aires, El Signo, 2001.
- Guillermo Margadant. *Evolución del derecho japones*. México D.F., Porrúa, 1984.
- August Mounsey. *The Satsuma Rebellion*. London, JohnMurray, 1879.
- Taggart Murphy. *Japan and the shackles of the past*. New York, Oxford University Press, 2014.
- Mark Ravina. *The last samurái: the life and battles of Saigo Takamori*. New Jersey, Jhon Wiley and Sons, 2014.
- Conrad Schirokaver, Miranda Brown, David Laurie y Suzanne Gay. *A brief history of Chinese and Japanese civilizations*. Boston, Thomson Wodsworth, 2006.
- Alistair Swale. *The Meiji Restoration: Monarchism, Mass Communication and Conservative Revolution*. Chipenham, Palgrave Mcmillan, 2009.
- Daniel Toledo, Machiko Tanaka, Omar Martínez, Jorge Lozoya & Viktor Kerber. *Japón: Su tierra e historia*. México, Colegio México, 1991.
- Charles Yates. *Saigō Takamori in the Emergence of Meiji Japan*. Cambridge, Cambridge University Press, 1994.